REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica | **1932** | Sábado 24 de Diciembre | Núm. 24

Año XIV. No. 616

SUMARIO

Oratoria

= De *Luz*. Madrid =



Después del discurso de Santander

Por *Bagaria*

El español.—Pero D. Manuel, ¿qué hace usted?
Azaña.—Nada: un pueblo.

Del señor Gerente de Espasa-Calpe, S. A., Madrid, y por indicación del autor, hemos recibido un ejemplar de la obra: Manuel Azaña: Una política (1930-1932). Madrid. 1932.

En homenaje al gran estadista español, y a propósito del libro que contiene en discursos su ideario político, nos parece oportuno reproducir, con el dibujo alusivo de Bagaria, este artículo de Azorín y algunos fragmentos del propio señor Azaña.

Y así damos una vez más, muestras del aprecio y simpatías que nos inspira el señor Azaña.

Tenía interés en escuchar a este orador; no le había oído nunca. Me faltaría, al oírle por la radio, la visión del gesto; el gesto es esencial en los oradores; pero acaso en este orador no fuera tan indispensable. Dan la señal; presto bien el oído. Comienza a hablar alguien. Como en tales actos políticos es costumbre que un orador presente al actuante principal, creo que quien está hablando es la persona que presenta. No tiene nada de particular lo que ha comenzado a decir; hay una ligera incorrección gramatical y psicológica en el comienzo. En vez de decir "Era ya hora de que yo viniese ante vosotros", dice: "Es ya hora". Continúa halando; poco a poco voy viendo que el orador que yo creía que presentaba al otro orador es el mismo presentado; no ha habido presentación. Aunque no he hablado más que una vez con este orador — y eso durante unos minutos — reconozco su voz. Sí; la persona que se halla hablando es la misma que esperábamos todos los que en estos momentos nos hallamos pendientes del auricular o escuchamos lo que va diciendo el altavoz. Y la incorrección primera voy comprobando que es sintomática de la oratoria de tal orador. No habla este orador como los oradores elegantes, cultos, sabios. Su palabra no tiene ni ornamentos inútiles ni esas volutas finas, sutiles, que parece en otras oratorias que van circundando la persona del oyente. Todo es llano, seco, directo en la oración que estamos escuchando. Al principio la palabra se muestra reacia, dura, indomable; le cuesta al orador el levantarse, el erguirse, el comenzar a andar. Experimentamos ante esta palabra indecisa la sensación de que el orador no va a poder continuar con seguridad; pero el hecho de que un tal orador haya salido triunfante en otras muchas pruebas análogas a ésta, nos tranquiliza. Además, las primeras dubitaciones ya han desaparecido; la palabra es ahora más firme, más segura. Lo va siendo más a medida que el orador avanza en su discurso. Ya la oración se va desenvolviendo con serenidad y firmeza. Podemos, a los diez, a los quince minutos de estar escuchando comenzar a formar un concepto claro, sólido, exacto del género de oratoria que se va desarrollando en este discurso. En pocas palabras resumimos nuestra impresión: ausencia de arte, falta total de artificio. El orador no mira la manera cómo ha de decir las cosas, sino—y esto es esencial—a las cosas mismas que dice. Como lo que dice ha de causar estado, el orador no cuida de galas y arrequives decorativos; no los necesita. Lo que en otros oradores obra el arte sutil y sabio, en éste, descarnado y seco, obra la fuerza, la convicción de quien lo dice. Como en otros oradores es el arte lo que nos cautiva, en éste sabemos que lo que hace que la oración sea una cosa dramática, trágica, es el hecho de que quien habla así ha de poner luego el acto de acuerdo con la palabra. La palabra,

Del ideario político del Sr. Azaña

= Fragmentos de los tres primeros discursos compilados en el tomo *Una política (1930-1932)* Espasa-Calpe, S. A. Madrid =

La cooperación nos es indispensable, con todas las salvedades que se quiera para la personalidad, la disciplina y el programa de los partidos. En política hay leyes rigurosas, como las de la física, que no pueden infringirse, o no se infringen impunemente.

...; en suma, la restauración de una España que a fuerza de hacer justicia y de hacerla por la fuerza cuando sea menester, se libre de la servidumbre en que yace.

...porque la verdad debe decirse siempre, caiga el que caiga...

¿Paz en los espíritus? No la queremos. Al contrario, queremos agitarlos y conturbarlos con el ansia de la justicia que se nos debe.

Las clasificaciones políticas no son producto del capricho ni de la rutina. Surgen de los problemas planteados por la realidad, en torno de los cuales los hombres definen sus opiniones.

La política consiste en realizar. La política se parece al arte en ser creación. Una creación que se plasma en formas sacadas de nuestra inspiración, de nuestra sensibilidad, y logradas por nuestra energa. Lapolítica es, pues, confianza en el esfuerzo, optimismo. No hay política de hombres desengañados, de hombres tristes; no hay política de hombres circunspectos que no quieren arriesgarse a fracasar; no hay política de hombres fútiles; la política está reñida con el esnobismo. Nosotros hemos rebasado aquella etapa decadente del espíritu español que contaba por meses y aun por

(Pasa a la página siguiente)

en este orador, no es simple elegancia, sino índice seguro de lo que un hombre, un gobernante, ha de hacer después. Y por esto el discurso de este orador nos da la suprema impresión de la vida misma, con toda su intensidad, con sus altas y bajas, que se está desenvolviendo ante nuestra vista. Nos disponíamos a escuchar un discurso y nos hallamos en presencia de una serie de actos. El orador prosigue en su oración; hay en el curso de sus palabras instantes, rapidísimos, en que el pensamiento va más presto que la expresión; la palabra entonces no encuentra su forma natural; se produce una ligera defectuosidad; pero esa incorrección es pronto olvidada. Ya el orador, con un arranque impetuoso, ha entrado en una nueva e interesantísima fase de su pensamiento. Diríase que no tenía fuerzas para estar pronunciando este discurso, y vamos viendo, a medida que se producen estas periódicas intermitencias de la energía, que el orador tiene un dominio de la palabra que parecía en contradicción con las levísimas flexiones de su verbo.

Y no esperamos ya caudal de léxico; no nos hacemos la ilusión de que vamos a oír deslizarse ante nosotros vocablos peregrinos y variados. No lo necesitamos; el verbo es parco, pobre; pero el matiz del pensamiento está expresado, dentro de esa pobreza, con una fidelidad, con una exactitud maravillosas. Algunos pasajes del discurso no podrían ser abordados — y más siendo el orador quien es, presidente del Consejo—sino poseyendo un prodigioso dominio de la palabra. Tal es aquel pasaje en que el orador, con brío, con ardimiento, ha hablado de la moral política y de la ética de los hombres políticos. Un gran escritor alemán — y nosotros creemos exacta su teoría—ha dicho que el estilo supremo es aquel en que el escritor con menos riqueza de vocabulario, logra recoger más detalles y matices de las cosas. Con el auricular en el oído, o ante el altavoz, Federico Nietzsche, en estos momentos, hubiera visto cómo su doctrina resultaba plenamente justificada.

La palabra se encuentra de acuerdo con la idea en este orador: la psicología del orador está perfectamente en armonía con los medios de expresión. No nos placería que la sequedad y precisión de esta oratoria fueran enturbiadas por las galas del decir. Decir como éste es el que corresponde al carácter del orador. Y cuando en el curso de la oración se llega a ese momento dramático en que se nos habla de lo íntimo del espíritu, sentimos la satisfacción de ver comprobadas todas nuestras apreciaciones. Dice el orador que él ama ardientemente a España. Y que por amar a España como la ama, en su producirse espontáneo, en sus valores prístinos, es por lo que, de un modo violento, "brutal", se rebela contra todo lo que pueda enmascarar, macular, mancillar esos valores prístinos y espontáneos. Brutal ha dicho el orador; brutal repetimos con él; brutal nos place volver a decir. Y pensamos en España. Y nos revolvemos, como el presidente del Consejo, contra todo lo que en el espacio y el tiempo ha podido entorpecer el brote de ese manantial cristalino de la energía española. Como para recobrar el tiempo perdido—y en efusivo amor a España—no paramos mientes en la manera de decir las cosas, ni nos detenemos un instante en dudar sobre las consecuencias de lo que vamos a hacer. Nos expresamos secamente, realizamos la obra que vamos a realizar de un modo enérgico, presto, violento. En ese adjetivo, "brutal", en el sentido de cosa espontánea y despojada de adherencias inútiles está condensada la oratoria de este orador y la actuación de tal gobernante. Y como ése es un caso único en la historia de España, por eso los que amamos a España, sentimos una profunda emoción en este instante en que escuchamos al orador.

Azorín

Del ideario político del Sr. . .

(Viene de la página anterior)

días el tiempo que le faltaba para desaparecer. Dsechamos la opresión del pasado y las añoranzas históricas. De frente a la realidad, por adversa que parezca, hemos de modelarla con nuestras propias manos.

A esto nos llaman la vocación y el deber. Iremos todos los españoles que quieran igualar esta condición con la de hombres libres. Todos ellos, pero ninguno más. Los tímidos, los espectadores benévolos, no los queremos; que pierdan su rancia doncellez y vengan con nosotros, o se vayan para siempre con el enemigo. Cualquiera que sea nuestro oficio, cualquiera que sea la formación mental y moral que hayamos recibido, los que entremos en este combate debemos ir poseídos del magnífico, envidiable e incontrastable fanatismo por la idea. Debéis templaros en ese fanatismo. Cuando todo está dicho, explicado y probado, es hora de conducirse creyendo a cierra ojos que la idea nos dará la verdad social española. No temáis que os llamen sectarios. Yo lo soy. Tengo la soberbia de ser, a mi modo, ardientemente sectario y en un país como éste, enseñado a huir de la verdad, a transigir con la injusticia, a refrenar el libre examen y a soportar la opresión, qué mejor sectarismo que el de seguir la secta de la verdad, de la justicia y del progreso social. Con este ánimo se trae la República, si queremos que nazca sana y vividera. La República no puede surgir como un mal menor, originado en la podredumbre y corrupción de un régimen, sino como criatura de nuestra energía, fecunda, activa, segura de sí misma. La República tendrá que combatir con una mano mientras edifica con la otra.

La República española tendrá que ser, no sólo respetuosa con los derechos del trabajo, y garantía de sus reivindicaciones, sino propulsor y estímulo en la obra de despertar las conciencias más atrasadas y levantarlas a un rango de superior humanidad y de ciudadanía.

La libertad no hace felices a los hombres; los hace simplemente hombres.

Tenemos la obligación, repito, de ser severos con nosotros mismos y de desprendernos de las pompas triunfales y populares y examinar en nuestro ánimo si somos o no dignos de la hora presente, si la obra realizada la merecemos, y si estamos dispuestos a continuar en el sacrificio y en el trabajo para hacernos dignos del lugar en que el pueblo español nos ha colocado otorgándonos su confianza.

Alguien quisiera ahora borrar el recuerdo del movimiento de diciembre como un mal sueño, porque cuando se arriba a las alturas del Poder parece como que se dejan atrás procedimientos que uno profesa y aplaude mientras está en la oposición, y que luego, cuando se tiene sobre sí la responsabilidad del Gobierno, quisiera uno no haber incurrido en estos que parecen pecados de antigubernamentalismo.

Yo he sostenido y sostengo que contra la tiranía todo es lícito y ninguna ley obliga.

El espíritu revolucionario es la más alta forma del civismo, elevado a instrumento de una obra de valor universal.

La fuerza de un partido no consiste sólo en el número de adeptos, sino en la autoridad moral, que no se gana más que con sacrificios y con obras.

Yo no estoy en la tradición clásica de la oratoria española, que suele añadir a la fuerza de los argumentos dialécticos el recur-

so del cansancio del auditorio para demolerlo a fuerza de palabras y reforzar de esta manera las posibilidades de convicción.

En abril había monárquicos; lo que faltaba en abril no eran monárquicos; lo que no había en abril eran hombres con autoridad moral bastante para defender con fuerza el régimen; y la autoridad moral es más necesaria que la fuerza.

El entusiasmo en política sirve de poco. Es una cosa fugaz, una llamarada que a veces esclarece, a veces deslumbra; pero que si tras ella no hay un fuego tenaz, pronto se extingue y nos deja sumidos en las tinieblas. Esto en política vale poco; pero en el Gobierno el entusiasmo es un estorbo. Luis Simarro dijo en una ocasión memorable: "El honor no sirve para resolver ecuaciones de primer grado". Evidente. Y el entusiasmo no sirve para administrar ni para gobernar, ni para reformar un país; el entusiasmo ofusca el entendimiento, paraliza la acción y extravía a las gentes. Y la obra de gobierno es toda serenidad, toda inteligencia, toda prudencia y tino en el manejo de los negocios públicos.

Dentro de la ley cada cual es libre de ser afecto o desafecto al régimen republicano; pero la República tiene derecho a ser respetada: primero, por la legitimidad indisputable de su origen; segundo, por su justa legislación, y tercero, por la austeridad, la moralidad y la conducta de su Gobierno. Por estos títulos tiene la República derecho al respeto de todos los españoles; pero si todavía hubiese alguien que a pesar de estos títulos no respetase a la República, la República, además de hacerse respetar, se hará temer. Yo con esto no amenazo a nadie, no sería propio de mí ni tampoco propio de ellos. No hago más que definir una actitud y explicar una predisposición de Gobierno. Mi criterio, dentro de esas salvedades que acabo de hacer para todo el que permanezca en la legalidad republicana, mi criterio, repito, se expresa en la acción de Pedro Crespo, que era alcalde popular: Si alguien derriba la silla, yo derribaré la mesa.

Yo tengo una gran confianza en el Poder público, como instrumento de acción. El Poder del Estado es una fuerza creadora, si sabe hacer uso de ella con inteligencia, y yo, más que un estado fuerte, querría para mi país un Estado inteligente.

El Estado, en poder de la República; pero el Estado republicano en los órganos de su Administración. El Estado es una entelequia para los libros de Derecho político. En la vida es una reunión de centenares de hombres, que tienen sus inclinaciones, sus vicios, y estos hombres son los que han de doblegarse a la República.

Pues yo consideraría en los ciudadanos de la República una doble cualidad: su cualidad de hombres, y su cualidad de españoles. Y con una política inspirada a la vez en la ciencia, en la moral y en la historia, me dedicaría a proteger, fomentar y elevar esas dos cualidades radicales de los conciudadanos: su cualidad humana y su cualidad española. No hay otra cosa que apreciar desde el punto de vista del Gobierno entre los habitantes de la Península más que esas dos cualidades, y esas dos cualidades nos llevan a esta operación política: la defensa de la vida humana y el auge de la cualidad española.

Para mí, el trabajo es lo único que puede cualificar al ciudadano en la sociedad moderna. Nosotros no somos socialistas; nosotros no hacemos política de lucha de clases; no la hacemos en el campo del proletariado; pero tampoco la hacemos ni la justificamos en el campo capitalista. Y nosotros hacemos una política de cooperación, y le decimos al proletario: "Aquí estamos para esta política de cooperación, no en la barricada, sino en el partido político, en el Parlamento y en el Gobierno, y aquí estamos para esta política de cooperación, favoreciendo el auge, favoreciendo el movimiento ascencional del trabajo en España a ese rango cualificador de la sociedad al que todos aspiramos".

¿Es que vamos nosotros ahora, en plena República, a resucitar los viejos tópicos del hispanoamericanismo, donde han brujuleado figuras borrosas, que se han adornado con nombres de la historia española, como si fuesen cosa propia, y han ido una y otra vez a las playas americanas, confundiendo los habitantes de América moderna con los antiguos y llevándoles algunas bujerías, a cambio de aplausos o de notoriedad? No. Es hora de abandonar el tópico de la madre patria y de las hijas amantes de la patria. Nosotros, en América no somos ya la madre patria. A mí me parece que a los pueblos americanos no les concedemos el aprecio y la estimación que merecen cuando tenemos la pretensión de llevar a América esta especie de jerarquía superior sobre aquellas Repúblicas, presentándonos todavía en un plano más elevado que el de los pueblos americanos. A mí esto me parece un error, una falta de psicología, una falta de observación.

Lo que hay que establecer con las Repúblicas americanas es la colaboración en principio de igualdad, en defensa de los intereses superiores de la cultura española y americana. Y con esta fraternidad verdadera, que no sea de tópico de discurso de banquete, y con esta llaneza, que no sea la arrogancia del conquistador antiguo, que recorre los dominios de sus abuelos, sino de un ciudadano igual a otro, con esto podemos nosotros hacer en el mundo un peso sin par, no por ninguna circunstancia privilegiada ni por ningún don del cielo, sino por aquellos lazos que establecen los idiomas, la comunidad de raza y una comunidad de historia, que ha sido igual durante unos cuantos años.

España siempre ha sido diversa, pero siempre ha sido una. Bajo la unidad férrea, imperialista, de Felipe II, España era diversa; pero bajo la dispersión medieval de los reinos españoles, España era una, y ahora mismo, todavía, la generación anterior de los escritores portugueses: Oliveira Martins, Herculano y otros de su tiempo se llamaban asimismo españoles a pesar de ser portugueses, lo cual demuestra que el nombre español y el espíritu español es superior y ha sido siempre superior a la división que establecen las fronteras políticas. Hay, pues, una unidad interior española y hay una diversidad histórica española. El deber de la República en su obra constituyente es armonizar las dos cosas. Obra difícil, ya lo sé; pero las cosas difíciles son las que hay que hacer.

El pueblo, gracias a la República, se ha puesto en pie y participa en la vida pública. Y es mucho más penoso tener que contar con muchos que no dictar la ley a una muchedumre de gentes serviles, que doblan la cabeza ante el yugo del dictador. Pero yo creo que esta dificultad es la que debe estimular al hombre púlico, que los problemas más graves son los que ponen a prueba el valor de las gentes y la valía de las gentes.

La política, y sobre todo el gobernar, es una creación; y a lo que nosotros debemos aspirar es a poner en ejercicio una voluntad creadora, anterior a los textos escritos, que no consiste en cifrar artículos en un código, sino en hacerlo vivir. Y por mucho que nos esforcemos en crear una Constitución perfecta, nunca tendremos más Constitución que la que nosotros sepamos ir viviendo. Por consiguiente, en política, y sobre todo en el arte del Gobierno, la coincidencia de la acción personal con la acción creadora del arte es absoluta. El arte de gobierno no consiste en un saber cualquiera, sino en saber lo que se quiere y en saber hacer lo que se quiere.

Este es el secreto del Gobierno, como es el secreto del arte; y en el gobierno y en el arte, el primer rango ha pertenecido y pertenece siempre a la creación. Una voluntad cradora es la que debe ponerse en juego en estas cuestiones, y la creación no depende más que de la inspiración. Pero adviértase, amigos y correligionarios, que cuando yo hablo de inspiración no estoy aludiendo a un rayo de luz celeste que esclarezca el caletre de los Ministros y de los Diputados, sino que esta inspiración, como todas las inspiraciones del mundo, no es más que el resultado de un esfuerzo reflexivo sobre un caudal de experiencias acumuladas, y que de este esfuerzo de reflexión brota la chispa luminosa que guía la acción política y conduce al acierto y al éxito nacional.

. . .; pero la virtud de la acción y la virtud del Gobierno consiste en adquirir por el acierto, el mérito de quedar incorporados a una obra de valor histórico nacional y sólo la perspectiva de que nuestros nombres queden incorporados a una obra así, y sólo el placer, el inefable placer estético de ver la obra salir de las manos; el placer que puede sentir el artesano sacando de sus manos el objeto fabricado por él; el placer que puede sentir el artista al manejar la materia artística, la pintura, el lenguaje o el mármol, sólo ese placer vale por todos los sacrificios, vale por todas las pesadumbres, vale por todos los enojos que la obra inmensa que ha caído sobre nuestros hombres nos acarrea.

Manuel Azaña

Las fiestas de Navidad

= *Envío del autor.* San José de Costa Rica =

Año tras año, durante muchos siglos, celebran los pueblos cristianos el nacimiento del Hombre Dios, predicador de la fraternidad humana, la protección del débil contra el fuerte, tan magistralmente eternizada por Murillo, el famoso pintor sevillano, en su cuadro clásico de la sagrada familia.

La fiesta de Navidad es la fiesta del amor, del amor puro, sin mancilla, del amor de la madre, del hogar, que puede tener igualmente su origen sobre pañales de púrpura, o en las pajas humildes de un establo. Los pueblos cristianos lo celebran entronizando la humildad de una virgen inmaculada, a quien veneran hasta las bestias del pesebre. Nuestros antepasados hacían su portal con arcos de caña silvestre, ramas de uruca y tallos de plátano, todo verde y fresco, como símbolo de la esperanza, que nunca se pierde, y que renace aún en los últimos instantes de la vida.

Como perfume ponían en el portal frutas de cohombro y flores de coyol, igualmente fragantes; en escudillas de barro sembraban maíz, arroz y trigo, que con musgos, helechos y bromelias de colores variados hacían un rinconcito encantador en la esquina de la sala, aunque ésta fuera de piso de tierra. Allá en el fondo, fabricaban un ranchito o aldea indígena, con su camino de arena blanca, que bajaba hasta la llanura, para que los reyes magos, los pastores y los indios, cargados con ofrendas llegaran a prestar homenaje al recién nacido, que representa la encarnación de las ideas nuevas, con que siempre han soñado los menesterosos de todos los tiempos.

Como no podían conseguir camellos, ni otras figurillas extranjeras, se conformaban con hacer conejitos de algodón, gallinas de cáscaras de huevo, vestidas de plumas, que pegaban con engrudo o cera de jicote; pero sí tenían muchas flores naturales y gran variedad de frutas navideñas. Era raro el portal que podía presentar un cielo azul, con hilos colgantes de plata, semejando el rocío de la noche; la estrella del Oriente, y el ángel suspendido al centro, portador del saludo reglamentario: **Gloria in excelsis Deo.**

Como una transición evolutiva con la vida indígena, era de rigor la chicha de maíz nacido, caldo de caña, o frutas sancuando subía de punto, producía los cochadas, de piñuela, cuyo fermento efectos del licor, tan caro, por fortuna, durante el período colonial.

Lo más difícil de conseguir era "el paso" porque las tres imágenes debían ser talladas en madera, y solamente en Guatemala había escultores; pero cada comerciante procuraba traer al país lo que más falta hacía y con lo cual podía obtener mayor provecho, aunque fuera a cambio de cacao o mulas arrieras. El único pintor de santos era José Espinoza, que vivía en Ciruelas, y desde Cartago tenían que mandarle las imágenes para que él las retocara; sin embargo, "el paso" que llegaba al país no volvía a salir y se trasmitía por herencia o legado al miembro de la familia que resultaba más devoto, especialmente entre sacerdotes y mujeres.

Facsímile del Hermano *Nicolás de Alfaro*, en 1729

Desde mediados de diciembre comenzaban los preparativos, tanto en las iglesias como en las casas particulares, donde quiera que tuvieran un "paso" para hacer el portal. El 24 por la noche se inauguraban los rosarios del niño y festejos en la Parroquia con la visita de los pastores, que cantaban villancicos al compás de un terceto de armonio, violín y flauta. Hace ya medio siglo que presenciamos una de estas ceremonias, y de ella se acordarán muchos de sus actores: una docena de parejas, de jovencitos impúberos, sin contar a Josepe y Rebeca, que eran mayores de edad, especialmente Rufino Gallego, hermano menor de Juan Santamaría, nuestro soldado inmortal. Todos vestían trajes de pastores, más o menos mejor imitados, según la casa donde los habían preparado; pero cada cual portaba un cayado con cascabeles, cuyo sonido especial armonizaba con la danza y cantos ensayados antes repetidas veces.

Las parejas entraron al templo por orden de tamaño, comenzando por las más pequeñas para terminar con Josepe y Rebeca, que se movían con aires de personas mayores, haciendo resaltar la ingenuidad y gracia de las niñitas delanteras, tan dulces cuando no han recibido ningún contratiempo, ni tienen otras aspiraciones que parecer encantadoras siempre, como el agua cristalina que mana de la fuente y comienza su curso entre guijarros.

> Vamos pastorcita, vamos a Belén,
> a besar al niño, y a María también.

Así, bailando y cantando llegaron hasta el altar, donde los recibió el señor Cura Francisco Pereira, con el niño en los regazos. Las parejas se iban separando, una en pos de la otra para besar los pies al niño y entregar el pequeño obsequio que le traían en señal de vasallaje. Al entregar cada cual su regalo decía algo parecido a las siguientes estrofas:

> Mi ofrenda, dulce María,
> es una piña madura,
> porque dicen que su jugo
> evita la calentura.
>
> Y yo te traigo, Señora,
> esta mantilla bordada,
> para que no sienta el niño
> el frío de la madrugada.

Como es natural, cada estrofa provocaba la risa en la apiñada multitud que ocupaba las naves del templo, a pesar de la seriedad del acto y de la devoción angelical de las pastorcitas especialmente. Con todo, el conjunto resultó tan del agrado del público que dos noches después tuvieron que repetir los bailes y canciones en casa del General don Tomás Guardia, Presidente de la República, residente entonces en la ciudad de Alajuela. Al terminar la visita de los pastores, el propio General Guardia obsequió sendas libras esterlinas, y los pastorcillos regresaron a sus casas locos de contento, cada cual con su moneda de oro, la primera quizá que estrechaban con amor en su vida.

En la fiesta de Santiago salían a relucir los mejores caballos, las cabezadas, hebillas y espuelas de plata; los mozos se transformaban en chalanes, y los viejos ceñían la banda roja de seda para montar la mula rosilla de mejor paso, llevando por delante a su Laura, joven o vieja, pero trajeada siempre de colores vistosos: era la fiesta del orgullo y la ostentación, porque también Santiago montaba su caballo blanco, vestía el uniforme de apóstol militar, con la espada desenvainada, en actitud de guerrero triunfador y bajo los cascos de su cabalgadura yacía el cuerpo de un moro rendido como trofeo.

Después del desfile, con bombas y cohetes, se servía el almuerzo en casa del mantenedor, y la fiesta terminaba en sarao para que los chicos, los jóvenes y viejos tuvieran su turno de holgorio.

En cambio, la fiesta de San Isidro, era la fiesta del trabajo: lucían la mejor yunta de bueyes, la carreta adornada con palmas y flores brillantes, un joven de bigotito rubio y patillas recortadas, era el encanto en las niñas casaderas; aunque bien es cierto que raras veces pasaban de los veinte años sin haberse casado antes. Los abuelos se relamían al ver la apostura de los unos y las otras, y pensaban para sus adentros: nosotros somos como los troncos viejos, donde se restriegan los potros; por eso conocemos mejor que ellos los tropiezos del camino y la fuerza de que cada cual está dotado para la carrera de la vida; con estos muchachos estamos forjando la futura Patria.

Los festejos de Santiago se organizaban por los ganaderos, enamorados de su caballo moro y la vaca cajuelera; a San Isidro lo festejaban los agricultores, pendientes del hacha bien afilada y del arado con reja de hierro, para descuajar el bosque, sembrar la tierra y llenar la troja de maíz, ayotes y chiverres; el portal lo ponían los espirituales, desprendidos casi siempre, como don Quijote, de los bienes terrenos; pero unos y otros mantenían, por encima de todas las cosas, el fuego sagrado del hogar, el amor de los hijos y el afecto conyugal, protegido

por la ley, que expulsaba sin contemplaciones a los hombres amancebados. Estos son los rasgos característicos de nuestros progenitores en el siglo XVIII.

El Hermano Nicolás, cuya firma de 1729 reproducimos, vivió más de setenta años, se casó tres veces y tuvo catorce hijos legítimos, seis mujeres y ocho varones; todos se casaron jóvenes, dando origen a otras tantas familias numerosas, emparentadas luego con la gran mayoría de los apellidos nacionales. Casi lo mismo podría decirse del Hermano Nicolás González, del Capitán Gaspar Arias, Juan de Ugalde, Francisco Pérez de Cote, Juan Rodríguez de Castro, ambos castellanos, y otros muchos patriarcas de aquellos benditos tiempos.

Con motivo de los portales menudeaban las visitas por la tarde, especialmente el 25 de diciembre, el día de los Reyes y los domingos intermediarios: desde los padres hasta el niño de pechos formaban un desfile de casa en casa, y se resentían mucho cuando la comadre Petronila no llegaba a ver el portal, aunque su variante con el año anterior fuera casi imperceptible, pues la entrada de la estación seca era lo que importaba aprovechar para reanudar relaciones y conversar un rato largo, especialmente cuando las viviendas estaban muy separadas, o había entre ellas riachuelos crecidos durante los últimos meses de lluvias pertinaces.

Para todos los nietos había una empanada de queso, una melcocha de yerbabuena, o una lima madura, porque los Monjes Franciscanos, en el Convento de Barba, habían regado la simiente del cariño y la fe religiosa, que como la hiedra se arraiga y extiende por todas partes, aún sobre las rocas del egoísmo humano. Los que carecían de esa fuente de dulzura veían disiparse sus riquezas con verdadero pesar: el horizonte les parecía un árido desierto, poblado de cardos y sabandijas; mientras los que habían fincado sus anhelos en el hogar y la familia, gozaban con el esfuerzo de los hijos, con la sonrisa de los niños, y morían en la convicción de haber llenado cumplidamente sus deberes, considerando prolongada la existencia, así en la tierra como en el cielo.

La diferencia de linaje había permitido ciertas libertades durante los primeros años de vida colonial; después se restablece y consolida la pureza de costumbres en las villas y campos de cultivo, con su casita de tejas, ganados de cría y aves de corral, que se multiplican y dispersan cada vez más lejos, como las semillas llevadas por el viento, dando origen a una población laboriosa de costumbres puritanas.

A medida que pasan las épocas cambian también los portales, que han sido una exhibición periódica del arte contemplativo: una gruta en montañas escarpadas, puentes de hamaca, animales de arcilla cocida, muñecas de trapo, veredas con mulas cargadas de petacas y zurrones; después cañadas con ranchitos de paja, arrozales, carreteras y ferrocarriles, villas y ciudades, telégrafos, aserraderos, máquinas de vapor, talleres, instalaciones eléctricas, automóviles y finalmente los aviones o vencejos, que son los reyes del aire; sin contar con los soldaditos de plomo, conventos de monjas, corridas de toros, bailes con marimba, peleas de gallos, mercados y ferias, todo tan atrayente e instructivo para los niños; así van los portales representando el avance de nuestra cultura, con menoscabo quizá del sentimiento religioso, pero siguiendo siempre la ley evolutiva, que cambia de modalidades, sin extinguirse jamás.

Difícilmente podrá presentarse nada más hermoso que el nacimiento en un pesebre del hijo de Dios, al que rinden homenaje los poderosos de la tierra; aquel establo simboliza la humildad protectora de los desvalidos, como base sustancial de la fraternidad humana. Bastaría que nuestros abuelos le hayan rendido culto fervoroso, para cimentar el más profundo respeto; aparte de la idea sublime que representa, como emanada de la justicia eterna, que dirige la mente y abraza los corazones con lazos de amor indestructibles.

A pesar de esa tendencia simpática de hermanar a los hombres, las multitudes se agrupan como las aguas del mar en su lucha con los escollos que le cierran el paso, la lucha de razas continúa y los acaparadores erigen castillos de riqueza, remedando a los señores feudales; las democracias procuran dividir la sociedad entre partidarios y enemigos, trazando una línea cortante de separación entre los de arriba y los de abajo; siempre el apóstol Santiago, montado en su caballo blanco, con espuelas de plata, espada refulgente levantada en actitud de dominio, y el cautivo rendido a sus plantas, o estropeado por los cascos de su cabalgadura.

Por eso perduran las fiestas de Navidad, que son las notas armoniosas del himno de la vida, sin rencores, ni vanidad, humildes, eternas a través de los siglos. Entre el Claudio González Murillo y Claudio González Rucavado hay cuarenta lustros de por medio, pero ambos están íntimamente unidos por una cadena continua de eslabones, de igual temple religioso: el primero admirando las claridades del cielo, y el último oyendo las vibraciones del radio, que son igualmente prodigiosas, porque revelan el poder divino que rige el universo, tanto en los espacios siderales, como en el cáliz de una flor.

Desde el punto de vista artístico, si inclinamos con admiración el alma, toda entera, ante el Moisés de Miguel Angel, como obra maestra de escultura, es lógico que doblemos siquiera la rodilla delante de la Virgen, que representa el tesoro de perfecciones acumuladas por un millar de escultores, antiguos y modernos, que nos legaron y trasmiten la creación más hermosa de la mujer divina.

Si desde el punto de vista artístico nos cautivan los portales de Navidad, desde el balcón místico del alma vemos desfilar ante ellos todos nuestros antepasados, desde su niñez hasta la senectud, siempre optimistas, haciendo votos porque sus descendientes gozáramos de mayores comodidades que ellos, sujetos a estrecheces que casi todos ignoramos, trabajando siempre por el bienestar de los hijos y los nietos. Me imagino una viejecita de cabello blanco y ojos azules, sentada en el escaño, a la media luz de un candil, rezándole al Niño Dios y pidiéndole que proteja a su nieta María de la Rosa, para que pueda soportar la viudez, y no le quiten los acreedores de su difunto marido la casita en que vive; para que le permita criar a los cinco hijitos que le quedaron, y que son todo su patrimonio.

Entre las reliquias del pasado ninguna es superior a los portales de Navidad, porque despiertan y mantienen la alegría de los niños, que miran con respeto e interés lo que consideran un altar; mientras destruyen en dos días los juguetes con que se pretende seducirlos. Aunque esto se considere como una vana ilusión, debemos convenir en que vivimos de ilusiones, desde la infancia hasta el final de la vida.

Anastasio Alfaro

Estampas

Meditación de fin de año

Lo que falta, ¡oh, don Francisco Giner!, es espíritus

= Colaboración directa. =

El calendario señala su última semana, pero no se llevará en su abigarramiento de colores nuestro anhelo de lectores de don Francisco Giner de los Ríos. Si en verdad es nuevo el tiempo que viene en las hojas del calendario que ha de sustituir a este que finaliza, el cambio no influirá en el sentido hondo que tienen estas páginas constructivas. Las pasamos y repasamos en nuestra reflexión. Hablan las que hoy subrayamos de educación, es decir, de uno de los temas que con más visión trabajó el pensamiento de don Francisco. La ve en su medio maltrecha y pone clamor lleno de majestad diciendo: "Mientras no se despierte en las entrañas de nuestro pueblo y en las clases todas, en las familias, la juventud, los Gobiernos, el profesorado (que no es donde menos falta hace), la conciencia de que la educación es una obra de severa responsabilidad y no un asunto de declamaciones hipócritas, y de vulgaridades y lugares comunes, tiene escaso interés discutir cuáles sean los más urgentes problemas que en este orden debieran acometer los Gobiernos". Espíritu grande este de don Francisco Giner que habla con franqueza admirable. No dora la frasecilla para que no haga daño. Frente a él no hay otra cosa que problemas a los cuales debe dárseles trato honrado. De seguro con sus pareceres muchas epidemias de pedagogos y de gobernantes sufrieron quemaduras. Han debido tenerlo por un renegado que no veía en el esfuerzo del hombre adueñado del mando de un pueblo la obra duradera y fuerte. Cuando una voz honrada habla, no escuchan personajes y personillas la adulación que los envuelve y les chorrea su dulcedumbre. La juzgan por esto con desprecio y la hacen objeto de persecuciones. Es necesario que no suene más, porque resulta estridente. Y las estridencias enferman a los que viven de la simulación. A don Francisco han debido aislarlo pedagogos y Gobiernos por su afirmación grande de que la educación no es un asunto de declamaciones hipócritas y de vulgaridades y lugares comunes. Hirió con esa afirmación fibras sensibles de una humanidad rencorosa. Pero si sufrió por causa de su valor al enfrentarse a los pedantes de un medio hostil, ese padecer fué fecundo. El medio que él pintó no está sin duda en sólo su país. Lo padecen casi todos los países.

Los Gobiernos ponen mano en la educación y como falta la conciencia colectiva para situarla en su plano constructivo, es decir, para considerarla "una obra de severa responsabilidad", se convierte en ostentación y juego de hipócritas. Resulta severa la afirmación, y sacada de las páginas de don Francisco, muchos se sentirán aludidos. Pero no la hizo aquel educador para escarnecer a nadie, sino para crear. Su preocupación diaria era la de crear. De modo que, quienes vayan a él y mediten en sus juicios no pueden aspirar a trabajar en el medio en que se mueven, con otro espíritu que con el de crear. Si la educación aparece siendo, no el campo en donde se trabaja a conciencia, sino la cancha en donde se destroza lo mejor de un país, precisa combatir hasta lograr el cambio. Cuando don Francisco vivió había en su nación hostilidad de páramo. Sin embargo, los tiempos son otros y su obra empieza a fructificar. Los hombres de la República han dado a la educación el sentido verdadero alzándola de la pobreza lamentable en que Gobiernos y pedagogos la tenían. La lucha será ahora contra los hipócritas declamadores, personajes y personillas metidos en la educación para vivir de ella y ostentarse. Lucha titánica, porque toda casta opone resistencias tenaces cuando se siente amenazada de desaparecer. Sin embargo, basta que un solo espíritu nuevo tenga poder para realizar la obra de renovación que la educación de un pueblo exige, para que la empresa se imponga.

En otra parte del ensayo que meditamos hay esta verdad encendida: "Y comprenderemos que es mucho menos lo que hay que reformar en la legislación que en los espíritus". Conocía este educador a los hipócritas declamadores metidos en la educación y sabía que vivían de estarse formando pedestales de leyes. Amontonando legislación vacía es como se da a los pueblos sin conciencia la idea de que la educación que los nutre marcha bien. Fácil es legislar, imponer con cada movimiento de luna un nuevo plan, un nuevo organismo. Nada cuesta buscar lo que otros países hayan hecho o estén haciendo para darle apariencia de obra nueva e imponerla. Mientras se cumple con lo puramente externo, es decir, mientras se adorna una fachada vistosa, el problema hondo sigue sin ser tratado. Por eso don Francisco desecha las reformas en la legislación y pide examen de espíritu. Gobiernos y pedagogos andan perdidos. La educación no puede ocupar su puesto directivo en una nación mientras los hombres que están en ella orientándola no tengan abierto el entendimiento a muchas corrientes de renovación. Pero estar con el entendimiento abierto significa ser unidad de las que viven en la obra de crear. Y cuán pocas están en esa tarea. Por esto se empobrece tanto la educación. Por esto va al garete. Gente de espíritu nuevo no la tiene. No hay campo para que el renovador se sitúe a trabajar.

Bien, el calendario marca su última semana para los que esperan tiempos nuevos. A nosotros no nos envuelve esa ilusión. Por lo mismo nos afanamos en una lectura que no terminará con el año que se lleva la hoja abigarrada que va a ser desprendida dentro de breves días. Lectura que sume el espíritu en inconformidades, porque hace mirar el medio en que el lector vive con entendimiento censurador. Y la censura es molesta para los que sólo esperan la alabanza. Mas si el año ha de irse para muchos, hablar del educador verdadero en los últimos días de ese año, es dejar la inquietud que puede fructificar. Algunos se dirán que para el tiempo nuevo la renovación. Nosotros no nos hacemos promesas. Nos situamos en las páginas de un escritor grande para recoger la inspiración que necesita el empeño noble de vivir en un medio agresivo. La educación quisiéramos encontrarla cambiada no por leyes, sino por espíritu. La legislación abunda. Lo que falta, ¡oh, don Francisco Giner!, es espíritus. Por la carencia de espíritus se apiñan leyes de leyes que hoy rigen y mañana caen en desuso. No es posible librarse de esta idea de que muere un año y comienza otro. Hemos dicho que las leyes van y vienen y en el balance que hacemos mentalmente en estas postrimerías nos toca sumar mucha legislación. Obra muerta porque es obra para la ostentación. Lo que de ella queda como realización fecunda no recibirá amparo. Espíritus faltan y el amparo a la obra grande no puede venir.

Por la educación no tenemos sino la aspiración grande de verla redimiendo de miserias al pueblo. No nos ata a ella cargo ni ambición. Somos producto de

esa educación. Nos hemos hecho en esa educación. Cuando nos metemos dentro de nuestra propia vida y empezamos a verla tan llena de limitaciones, encontramos que el mal lo debemos a la educación. La llenaron Gobiernos y pedagogos de vulgaridades y lugares comunes. Y tuvieron la resonancia fatal en nuestra vida. Lo decimos, no como confesión, sino como experiencia que puede generalizarse. El país es víctima de su educación. El apocamiento que se nota en la gente, esa falta de idealidad, esa desvergüenza con que hoy se está con los intereses nacionales y mañana se es el fariseo que los traiciona por la paga, resultado son de nuestra educación. Somos un país vacilante. Y es que la educación no ha dado rumbo al costarricense. Es una educación con una urdimbre tremenda de leyes y nada más. Leyes muertas que contienen principios que pudieron servir para crear normas apreciables, pero que luego fueron desechadas sin examen ni debate. Sentimos que la educación ha hecho de nosotros seres de limitaciones cerradas. Por esto hablamos de ella y no por afán de crear méritos. Es queja y no credencial lo que ofrecemos en esta hora de lectura de don Francisco Giner. Queja por el mal que nos hizo, una educación mal orientada que no supo mover nuestro espíritu para darle el poder de crear. Lo petrificó casi. Cuando queremos usarlo para desentonar en este medio uniforme, nos hallamos con las limitaciones que lo encierran y le dan cautiverio miserable. Y lo terrible es que hay que usar el espíritu para combatir, como para guiarse. Declamadores hipócritas, decimos con don Francisco Giner a los que han tenido la educación en sus manos y no la han convertido en un poder creador.

Juan del Camino

Costa Rica y diciembre de 1932.

Coloquios pastoriles de Navidad

= Tomados del *Romancero y Cancionero sagrados* de Rivadeneyra.—Selección y envío de *S. de la S.* =

I

De la zagala, Tomás,
¿qué dices, que Dios te vala?
—Que es en extremo su gala,
mas el zagalejo es más.
Como ella, yo imagino
que jamás nasció otra tal.
—Sí, mas llévale el zagal
gran ventaja en lo divino.
—Mira lo que dices, Bras,
que ninguna se le iguala.
—Que es en extremo su gala,
mas el zagalejo es más.
—En lo hermoso a la madre
no pierde punto el zagal,
y en lo vivo, al natural
es un traslado del padre;
no hay medida ni compás
con la gala de su gala.
—No tiene par la zagala,
mas el zagalejo es más.

(Del *Cancionero y Vergel de plantas divinas* del Licenciado *Juan López de Ubeda*. Alcalá de Henares, 1588.)

II

¡Tánto llanto y tánta pena
en Nochebuena, mi Dios!
—¡Oh qué bien lo entendéis vos!
Y aun por eso es Nochebuena.
—Ved que siente el alma mía
pena de veros llorar.
—Dejadme vos derramar
éstas, que son de alegría.
—Templad, con todo, la pena
por esta noche, mi Dios.
—¡Oh qué bien lo entendéis vos,
y aun por eso es Nochebuena.
—Con tal lloro y tal rüido
buena noche me daréis.
—Antes porque despertéis
lloro; que andáis muy dormido.
—Dejad el llanto y la pena,
que es Nochebuena, mi Dios.
—¡Oh qué bien lo entendéis vos,
y aun por eso es Nochebuena.

(De la *Tercera parte de Conceptos espirituales de Alonso de Ledesma Buitrago*. Madrid, 1612.)

III

De veros nacer así
lástima tengo, mi Dios.
—Más la tengo yo de vos;
que antes por eso nací.
—Yo siento que helado estáis,
y yo muy bien arropado.
—Eso me tiene a mí helado,
que estéis tal que no sintáis.
—Pues ¿quién de veros así
no os ha lástima, mi Dios?
—Más la tengo yo de vos;
que antes por eso nací.
—Mi mal es culpa mortal,
y el vuestro pena y dolor.
—De aquí saca el pecador
cuál debe ser mayor mal.
—Yo confieso que es así;
tened lástima, mi Dios.
—Tánta la tengo de vos,
que no la tendré de mí.

IV

Pregúntame, hermano Bras,
lo que vi;
porque no se vio jamás.
—¿Qué viste, Silvestre? Di.

—Un pastor que cura más
de la oveja que de sí.
Este buen pastor ha hecho
una cosa nunca oída.
—Y ¿cuál es?
—Que sin buscar su provecho
ni interés,
por la oveja da la vida.
—Bendita sea la venida
del pastor
que sirve por solo amor.

Ubeda

V

Mundo, ¿vino aquí a posar
Dios, si le habéis conocido?
—Un solo pobre ha venido,
y ése duerme en el pajar.
—¿A tal huésped tal ultraje
teniendo el poder que tiene?
—Quien en ese traje viene
no espere más hospedaje.
—¿Adónde fuera a posar
que fuera así recibido?
—Yo por pobre le he tenido,
y así duerme en el pajar.
—Si vos le tratáis así,
bien pagará la acogida.
—Pues pagará, por mi vida,
antes que salga de aquí.
—Y ¿qué le pensáis llevar
si en un pajar ha dormido?
—El ¿a casa no ha venido?
No se me irá sin pagar.

Ledesma

VI

Virgen, ¿si querrá conmigo
ese Niño? Dalde acá.
—Toma, llévatelo ya,
que llora por ir contigo.
—Llévarmelo tengo a fe
pues que por mí está llorando.
—De continuo está aleando
por irse con cuantos ve.
—Luego, si quiere conmigo,
¿también con otros querrá?
—Sí, mas llévatelo ya;
que llora por ir contigo.
—Perderse os ha cuando ande,
si a tántos gustos atiende.
—No se perderá; que entiende
como una persona grande.
—Pues dejad venga conmigo
y en mis brazos callará.
—Toma, llévatelo ya,
que llora por ir contigo.

(Del *Nuevo Jardín de flores divinas*, de *Alonso de Bonilla*. Baeza, 1617.)

VII

¿Por qué, Dios, entre tal hielo,—
pues desnudo y pobre estáis,—
solamente os abrigáis
hoy con la capa del cielo?
—Porque este avariento suelo
no del pobre se adolece,
ni a Dios en que nazca ofrece;
que en Belén los potentados
todos son hombres honrados,
y mi capa no parece.

Bonilla

VIII

Virgen, cuando miro y peso
que al nacer y al concebir,
con entrar Dios y salir,
quedas virgen, pierdo el seso.
—Dios sólo sabe el suceso
del entrar y salir Dios,
hombre; que no tenéis vos
que entrar ni salir en eso.

Bonilla

En la vida de Rómulo Rozo

= *Envío del autor.* México. D. F. =

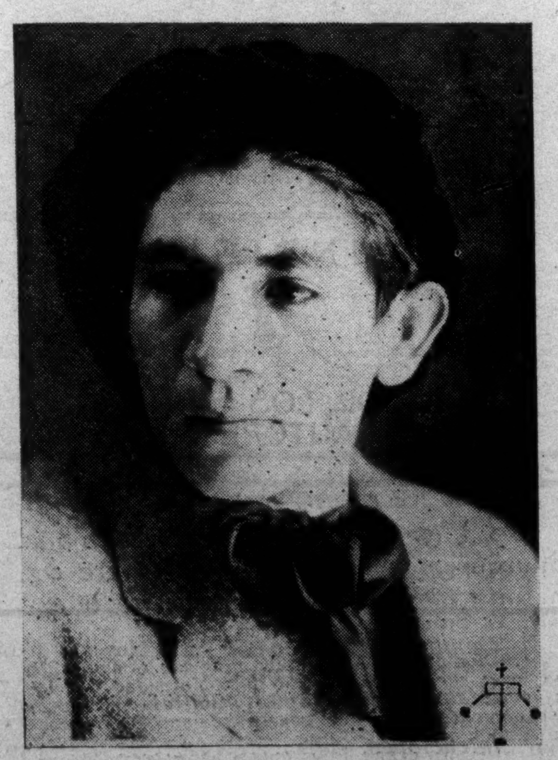
Esto ocurría—cabal—hace diez años. El barco había volteado, durante cerca de un mes, las aguas del Atlántico. Verde, azul. Aprisa, despacio. Noche, día. A la vista, esquivándose y definiéndose como una mujer, la costa de Cádiz. Sobre cubierta está un hombre, pequeño y concentrado. Contempla, medita. Contempla el diáfano color de las aguas, sin manchas de aceite, trozos de madera ni desechos flotantes, como en el puerto lejano. Agua limpia, igual que el aire que respira y la ambición que a él lo mueve. Medita en el camino recorrido a través de los años: la infancia pobre: la salida de Bogotá a Barranquilla, en tercera clase y en tren de miseria; las rudas faenas de cargador en el puerto, a un paso no más de los barcos suntuosos que recogían a desocupados aburridos y opulentos; las creaciones entrañables que realizó en una modesta fábrica de loza; la ayuda—mezquinamente retribuída—que prestó en la decoración del Club y el Teatro Municipal de los señores honorables de Barranquilla. Privación, esfuerzo, ahorro. Luego, cuando la voluntad ensaya posturas abatidas, una carta del protector generoso, en que le manda ánimos—¿nada más?—y dineros. Decidido: a Europa. Verá cumplida su vieja aspiración de acercarse a los centros artísticos, visitar y estudiar en los museos, conocer a los maestros contemporáneos de la forma. Además, él mismo hará el hallazgo de un cauce para dejar correr su vocación plástica. El hombre, pequeño y concentrado, sonríe. Es Rómulo Rozo.



El beso De *Rómulo Rozo*

Madrid. Por el único ventanillo de la estancia, la mañana deja penetrar, con intensidad progresiva, clarinadas de luces. El hombre, en su rincón, se despierta. Llena sus ojos, todavía, la neblina azulosa de los sueños. Pero pronto, como en el libro aromado de tinta que leyera días antes en la biblioteca pública, "el total acaparamiento de la atención por el mundo sensorial, con su poder destruye casi la totalidad de las imágenes oníricas, las cuales huyen ante las impresiones del nuevo día como ante la luz del sol el resplandor de las estrellas". Vuelve la mirada a su derredor. Soledad. Sus cinco camaradas—el ebanista, el albañil, el plomero, el fumista y el pintor de puertas y ventanas—han iniciado su combate por el sustento sin esperar el alba. ¡Tan generosos, tan cordiales! Apenas llegado a Madrid, y en cuanto se colocó, a razón de cinco pesetas diarias, en la fábrica de objetos sagrados del fraile Granada—¡qué remota la poesía del otro!—, Rómulo Rozo se instaló en esta humilde pensión de extramuros, con esos camaradas disímbolos. El compañerismo y el cariño mutuos fueron surgiendo. Un día los cinco descubren el temperamento y designio del hombre que comparte su habitación y declaran que es artista. De allí en adelante será el preferido, blanco del deseo de emular a un creador que viene del mismo origen que ellos. Cada día, después de la devota faena en la fábrica de sagrados objetos, Rómulo Rozo asiste a la Academia de San Fernando. Estudio, trabajo. Espíritu, materia. Ardor, desaliento. Todo muy bien, sí; pero el costo de la vida sube, el sueldo no basta, el hambre acecha.

En los medios burgueses, un hijo de familia da fin a una carrera indistinta: médico, abogado, ingeniero. Para pulsar el porvenir, recurre a ecuaciones elementales y egoístas: 12 años de estudio, casa, mujer—mujeres—y automóvil. Eso es el futuro inmediato; ahora, entre tanto, la casa paterna refulge y resueña. Hay música, viandas y amistades. Se le festeja y felicita. Pero el mundo no es igual en todas partes: se mueve, gira. Aquí tenemos, por ejemplo, a Rómulo Rozo, que hoy resultó aprobado en los cursos de dibujo. Llega apresurado a la pensión; quiere participar la nueva a sus camaradas. En un close-up agresivo y hostil, el rostro del casero lo detiene. "¡Afuera!" El que no paga, no entra. "¡Afuera!" No me importa tu lucha y tu miseria. "¡Afuera!" ¿A qué empeñarse? El hombre desvalido, solo, se busca acomodo en el quicio de la puerta. Las 7 de la noche. El estómago vacío estimula la imaginación, aviva los recuerdos, atrae los sueños. Se entrega a éstos, indolente. ¡Qué! ¿Pero aún hay gentes que dan afectuosas palmaditas en la espalda? Es la una de la mañana y la esposa del patrón le alarga dos duros, para que cancele, en parte, su adeudo. Otro close-up del casero, ahora en plano de sonrisas. Y la cama, paraíso. Ciertamente es dura, incómoda; pero se duerme, se duerme. Con la espuela de la angustia clavada en lo profundo, Rómulo Rozo, al otro día, redobla su tenacidad para lograr otro puesto. Inquiere, camina, se agita: el sustento plantea imperativos categóricos. ¡Ya está—y qué bien! Victorio Macho le ha aceptado como sirviente en su estudio. Cuando el deber está cumplido, nuestro hombre amasa, enérgicamente, barro para sí mismo. Cuando no esculpe, modela. Maravillosa transformación de la materia inerte y sucia, que al contacto de la mano o el cincel va soltando calor humano y morbidez. Victorio Macho analiza sus esculturas, alienta su vocación, gusta de sus obras y le abre—a él y a ellas—dilatados caminos. Los amigos del gran escultor lo van conociendo y estimando y en 1925 es invitado para participar, dentro de la sección española, en la Exposición de Artes Decorativas de París. Presenta en ella un "Llamador de la Puerta del Paraíso" y lo acompaña de una banderita con los colores colombianos: amarillo, rojo, azul. La obra es declarada fuera de concurso y se le pide a Rozo la nacionalidad española para otorgarle el premio que le cayó en suerte. El se resiste a la exigencia y se contenta con la medalla de oro que le correspondía en su simple calidad de colombiano.



Rómulo Rozo

Un día, el ademán vigoroso de Victorio Macho fija a Rómulo Rozo junto a sí. Le dice:

—Debes irte de mi lado.

¿No fallarán a veces los oídos? Rozo se atribula, no quiere comprender lo que escuchó. Macho, con sonrisa generosa, repite:

—Debes irte de mi lado. Eres ya un escultor y debes crear tú solo. No es egoísmo mi indicación de que te retires: el medio de aquí puede amanerarte.

El aire ya es más agradable para respirarse. El corazón sigue con la vibración alterada; pero el gozo la provoca y no es lo mismo, siendo igual. El maestro le pregunta dónde le gustará fijarse, y Rómulo Rozo, balbucea: "París".

(*Pasa a la Página 382*)

Spinoza y Goethe

= Del ensayo *A word more about Spinoza*, publicado en el *Mac Millan's Magazine*, Dic. 1863. Trad. de *S. de la S.* para *Rep. Am.* =



Spinoza

La verdadera influencia que un filósofo ejerce sobre la humanidad, no reside en sus fórmulas metafísicas sino que en el espíritu y las tendencias que lo llevaron a adoptar esas fórmulas. El crítico de Spinoza, por tanto, tiene que exponer ese espíritu y esa tendencia de su autor más bien que exhibirle las fórmulas metafísicas. Las proposiciones acerca de la substancia pasan sobre la humanidad como ociosas ráfagas de viento, de las que la humanidad no se preocupa: Ni querrá la humanidad saber palabra de estas proposiciones a menos que antes sepa qué rumbo lleva su autor de ellas, y que su propósito concuerda con sus simpatías o, al menos, le interesa la atención. Y tan abunda en razón la humanidad, que este propósito del filósofo es en puridad de verdad lo más importante en él, como decimos, lo que pone en movimiento a su obra toda, el secreto de su atracción de otras mentalidades que, por diversos senderos, persiguen el mismo fin.

Mr. Maurice, al buscar la razón de la gran admiración que Goethe le profesaba a Spinoza, cree hallarla en el genio hebreo del filósofo. Spinoza "hablaba de Dios", dice Mr. Maurice, "como de ser real, a aquellos que se lo imaginaban nombre escrito en libro. La criatura de la circuncisión tenía mensaje, para Lessing y Goethe, que las escuelas filosóficas paganas no podían llevarles". Confieso que esto me parece fantaseoso. No cabe dudar que, de su naturaleza hebrea, Spinoza recibió intensidad y grandeza; pero las dos cosas que en él son más notables, y por las que, a mi juicio, sembró en Goethe la admiración, no parecen llegarle de su naturaleza hebrea para nada: Me refiero a su negación de las causas finales y a su estoicismo—estoicismo no pasivo sino que activo. Para mentalidad como la de Goethe—, profundamente imparcial y que apasionadamente aspiraba hacia la ciencia no de los hombres sólo sino de la naturaleza universal,—la filosofía popular que todo lo explica refiriéndolo al hombre, y que juzga que la naturaleza universal existe para el hombre, y aun para cierta clase de hombres, era cosa enteramente repugnante. Desbocada, esta filosofía alegremente mantendría que los burros existen para que los cristianos inválidos puedan tener leche de burra que tomar por la mañana; y semejante manera de ver la naturaleza era, precisamente, lo que Goethe aborrecía con toda su alma. La creación, pensaba él, debía de ser algo hecho de substancia más recia; anhelaba colocar la existencia del burro sobre bases más amplias. Más que cualquier filósofo que haya vivido, Spinoza le satisfacía en esto. La plena exposición de la doctrina contraria a la doctrina popular de las causas finales, se halla en la **Etica**; pero esta negación de las causas finales era elemento tan esencial de todo el pensamiento de Spinoza que lo hallaremos también en el **Tratado teológico-político** y, ciertamente, saturando todas sus obras. Del **Tractatus Theologico-Politicus** se puede tomar, como declaración general, de esta negación, tan clara como cualquiera que la **Ethica** contenga, la siguiente:

"Deus naturam dirigit, prout ejus leges universales, non autem prout humanae naturae particulares leges exigunt, adeoque Deus non solius humani generis, sed totius naturae rationem habet" (1).

Y, como rimando con esta negación que Spinoza declara de las causas finales, está su estoicismo:

"Non studemus, ut natura nobis, sed contra ut nos naturae pareamus" (2).

Esta es la segunda razón de su atracción de Goethe; y Goethe no es sino el más eminente representante de todo un orden de mentalidades cuyo tributo de admiración ha hecho la fama de Spinoza. Spinoza primero impresiona a Goethe y a cualquier hombre del tipo goethiano, y luego lo aquieta: Primero le llena y satisface la imaginación con la anchura y grandeza de su manera de ver la naturaleza, y luego lo fortifica, y le calma el temperamento poético móvil, inquieto, impetuoso, apasionado, mediante la lección moral que deriva de su punto de vista frente a la naturaleza. Y es lección moral no de mera aquiescencia resignada, no de quietismo melancólico, sino de jubilosa actividad dentro de la verdadera esfera del hombre:

"Ipsa hominis essentia est conatus quo unusquis que suum esse conservare conatur... Virtus hominis est ipsa hominis essentia, quatenus a solo conatu suum esse conservandi definitur... Felicitas in eo consistit quod homo suum esse conservare potest.... Laetitia est hominis transitio ad majorem perfectionem... Tristitia est hominis transitio ad minorem perfectionem" (3).



Goethe

Me parece que por ninguna de estas sus grandes doctrinas características es Spinoza ni verdadero hebreo ni verdaderamente cristiano. Su negación de las causas finales es esencialmente extraña al espíritu del Antiguo Testamento, y su jubiloso estoicismo que a sí mismo se basta, esencialmente extranjero al espíritu del Nuevo. La doctrina de que "Dios dirige la naturaleza, no de conformidad con las leyes particulares de la naturaleza humana, sino que conforme con las leyes universales que la naturaleza requiere", está en oposición la más completa con la manera hebraica de representar los designios de Dios de modo que caiga en Egipto plaga de langostas para castigar la dureza de corazón del Faraón y el rocío sereno evite humedecer el vellocino de Gedeón. La doctrina de que "toda tristeza es transición a disminuida perfección" se opone rotundamente al reconocimiento cristiano de la bendición de la tristeza, que obra "arrepentimiento que conduce a la salvación de la que no hay que arrepentirse"; de la tristeza que, decía Dante, "de nuevo nos desposa con Dios". Las afirmaciones reiteradas y fervorosas de Spinoza, de que el amor de Dios es el **summum bonum** del hombre, no destruyen ni emulan la diversidad fundamental entre su

(1) «Dios dirige a la naturaleza de conformidad con las leyes universales, pero no de conformidad con las leyes particulares que exige la naturaleza humana; y así Dios cura no sólo del género humano sino que de la naturaleza toda».

(2) «Nuestro deseo no es que la naturaleza nos obedezca, sino, al contrario, que nosotros podamos acatar a la naturaleza».

(3) «La verdadera esencia del hombre es el esfuerzo que cada quien hace por conservar su propio ser...La virtud del hombre es esta esencia verdadera, hasta donde se la define por este solo esfuerzo de conservar su propio ser...La felicidad consiste en poder cada hombre conservar su propio ser...La alegría es la transición del hombre a mayor aerfección...La tristeza es el trance del hombre a perfección amenguada».

doctrina y las doctrinas hebrea y cristiana. Por el amor de Dios no quiere él significar lo que por el amor de Dios se quiere decir en las religiones de los hebreos y de los cristianos. El hace consistir el amor de Dios en el conocimiento de Dios; y, como sólo mediante su manifestación en las leyes de la naturaleza toda le podemos conocer, de ahí que sea mediante el conocimiento de éstas que amemos a Dios, y que ese amor crezca en proporción con el crecer de ese conocimiento. Lo cual puede que sea verdad, pero no es lo que por el amor de Dios quiere decir el cristiano. El ideal de Spinoza es la vida intelectual; el ideal del cristiano es la vida religiosa. Entre los dos estados hay toda la diferencia que entre el estar enamorado y el seguir con deleitada comprensión una demostración de Euclides. Para Spinoza, sin duda que la corona de la vida intelectual es transporte, como es transporte para el santo la corona de la vida religiosa; pero los dos transportes no son lo mismo.

Ello es así; empero también es cierto que, al coronar de esa manera, con sagrado transporte, la vida intelectual; al retener así, en la filosofía, en medio a la algarabía descontenta de todo el ejército del ateísmo, el nombre de Dios, Spinoza mantiene afinidad profunda con cuanto es más verdadero en la religión, y despierta un interés indestructible. "Ciertamente", se le podría decir al cristiano sabio y devoto, "ciertamente el concepto de la beatitud que Spinoza tiene, no es el tuyo, y no puede satisfacerte; pero el concepto de beatitud de quién aceptarías como satisfactorio? Ni siquiera el del más devoto de tus correligionarios. Fra Angelico, el alma más dulce e inspirada de las almas devotas, nos ha dado, en su gran cuadro del Juicio Final, su concepción de la beatitud: Los elegidos hacen recorrido en ronda sobre alta hierba, bajo árboles cargados de fruto: Dos de ellos, más inquietos que los otros, van que vuelan cuesta arriba por calles de muros almenados—calle vacua con todo el aburrimiento de la Edad Media. Al otro márgen de un abismo se ve, para delectación de los santos, inflamada caldera dentro de la que Belcebú chapuza a los malditos. No será ésta tu idea de la bienaventuranza, tu idea de la gloria perdurable, de seguro, como tampoco lo es la idea de Spinoza. Pero en casa de Mi Padre hay muchas mansiones; sólo que, para alcanzar cualquiera de ellas, se necesitan alas de transporte genuino y santo, alas de **inmortal anhelo.** Estas alas Spinoza tenía; y, porque las tenía, horroriza a cierta escuela de admiradores suyos cuando dice "Dios" donde ellos "fuerzas", y cuando dice "amor de Dios" donde ellos hablan de "curiosidad racional".

Uno de los admiradores de Spinoza, M. Van Vloten, está ansioso (por el 1863) de que el hecho de retener el filósofo el anticientífico nombre de Dios no aflija a sus lectores con dudas respecto de su perfecta ortodoxia científica:

"Es grave error", grita el comentarista holandés, "desdorar a Spinoza llamándole nada mayor que uno de los dogmatistas anteriores a Kant. Al retener el vocablo Dios, a la vez que abolía la persona de la Deidad y su carácter, él se ha hecho injusticia a sí mismo. Quienes miren el fondo de la cuestión verán que, por más que hace largo tiempo que él vivió, había aún entonces llegado al punto al que la filosofía posterior de Hegel y el estudio de las ciencias naturales, apenas han llegado en nuestros días. Leibnitz expresó temor de que quienes aboliesen las causas finales abolieran a Dios al mismo tiempo. Pero el verdadero mérito de Spinoza consiste en haber abolido las causas finales y **con ellas, a Dios"**

Ahora bien, debe aquí decirse que utilizar la negación de las causas finales, a que Spinoza llega, para identificarlo con los corifeos del ateísmo, es hacer uso falso de la filosofía de Spinoza, del mismo modo que el utilizar su aplicación de la todo-importancia de amar a Dios para identificarlo con los santos sería hacer uso falso de ese aspecto de su filosofía. Tan lejos está de que se le identifique con los filósofos post-hegelianos como de que se le identifique con San Agustín. Y cuando M. Van Vloten exagera el paralelo con los post-hegelianos, se siente que el paralelo con San Agustín es mucho más cierto. Comparado con el soldado de la irreligión que M. Van Vloten quiere hacerlo, Spinoza resulta religioso. Las palabras mismas que él emplea al hablar de sí y de sus aspiraciones y de su derrotero, son ciertas: Sus pies huellan la **vera vita,** el ojo suyo lo tiene puesto en la visión beatífica.

Matthew Arnold

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

La graciosa recitadora Dalia Iñiguez

= *Envío del autor* =

La creadora.—La multiplicidad de expresiones y formas con que el Arte ha encantado y emocionado al hombre, tiene hoy, en esta creadora eximia, una faceta más, una modalidad más, una nueva y admirable manera de realizarse.

Si la declamación ha sido por largas edades impresión verbal, o explosión rítmica, ahora es la manifestación más pura de la Belleza, porque es toda la armonía verbal, toda la emoción ideal y todo el paisaje.

En efecto: oyendo a Dalia Iñiguez viene uno al convencimiento de que el Arte no se había expresado en todas sus formas y que nos está reservado el deleite íntimo de nuevas sensaciones estéticas.

Tal pensamos en presencia de esta mujer hecha poema, en quien se exalta y canta toda la Belleza de la Poesía.

Su voz.—El elemento instrumental en Dalia Iñiguez es de una perfección singular: su voz tiene todos los tonos y alcanza a expresar todos los matices de la Poesía. Toda la gama musical está allí en el nido de su aparato bucal, todo el secreto que posee el hombre para dar sonoridades distintas, está allí en su garganta, que ella domina y usa con gran talento.

Homero tendría en ella un Estentor para proclamar su "cólera de Aquiles" en el mundo y Santa Teresa tendría cómo regalar a los oídos su arrullo místico.

Hay tal plasticidad y tal vibración armoniosa en el timbre de su voz, que al oírla pensamos en una dación celeste para su garganta, o intuimos que la humanidad va apenas desenvolviendo en algunas de sus cifras privilegiadas, el tesoro de este divino y humano instrumento.

Su gesto.—Nunca pudo decirse con mayor propiedad que las manos y los ojos y la boca y, en fin, la actitud toda de una persona tuviera tal lenguaje vivo, patético.

Cuando señala su mano un camino; cuando impreca airada, o cuando, jubilosa, alza la gracia ondulada de sus brazos que florecen en versos; cuando acaricia en la **berceuse** de la abuela; cuando, en fin, levanta Dalia el gesto de su interpretación genial, es ella símbolo de realidades y de belleza a la vez y conmueve y anima a las gentes con el asombro de su rictus, con la ternura de su mirada, o con el apóstrofe estruendoso de su boca bíblica, tal, que al observador le parece la artista un heraldo extraño de la palabra pues en ella el verbo tiene Eternidad.



Dalia Iñiguez

En la quinta de don Fausto Coto Montero. Sentada a pocos pasos del «cedro de Gabriela Mistral»

Su cultura. — En el encantamiento arrullador de su declamación el espíritu se mece en suave gozo y al pronto, surge la meditativa admiración para esta novel creadora que ya no sólo tiene tan excelsos atributos para el embrujamiento de las almas sino que, además, posee un don de escogencia en la obra que vierte, una tan buena cultura asimilada, que pone de tal suerte una nota más de triunfo en su eclosión gloriosa.

Su gusto.—A la par que su cultura sobria, admírase en Dalia el buen gusto para captar en cada caso lo que importa a su exquisito sentido artístico, y así, es segura y hermosa la forma en que llega a tratar los temas de su elección, por difíciles que sean a la expresión verbal. Bajo el poder ilímite de su arte, se crean de nuevo y viven su vida propia los suaves romances clásicos; dan su estridencia magnífica los cantos épicos y trinan de amor los madrigales y canta el poema trémulo de ternura o encendido de grandeza.

Su ambiente.—No otro podía ser el resultado artístico de quien tuvo la fortuna de plasmar su estética desde niña, en el regazo de un hogar distinguido, donde la música tenía su culto y donde la vida ponía en toda cosa una nota sensitiva y comprensiva. Luego su feliz matrimonio, con un gran artista espiritual y generoso, que ha sido para ella ala y antorcha. Floración predestinada, su sino la lleva a modelarse en el ambiente propicio a su espíritu dilecto.

Su juventud, su gloria.—La creación declamatoria en Dalia tiene un aliento de superación de la obra declamada; es una obra suya propia. La poesía que ella dice se acrisola en su gesto y en su voz y es otra ya de la que soñó al mismo autor de ella. Si Chocano le oyera su "Fuga" o Llerena Torres sus "Velas Epicas" o la Ibarbourou su "Vida-Garfio" o Peman su "Balada de los ánsares" o Angel Lázaro su "Retrato", caerían de rodillas ante la genial artista en un temblor de homenaje; y acaso el poeta enorme de Cantos de Vida y Esperanza dejara el reposo de su inmortalidad y viniérase a darle un beso en la frente a la Diva que así musicó su "Marcha Triunfal".

Por eso, auguramos resueltamente que Dalia Iñiguez verá su juventud copiarse en la linfa donde asoma sus perfiles la Fama.

España—acogedora y gentil—ha de alzar un día su homenaje en la definitiva consagración de esta Décima Musa y todos los hombres de Ensueño verán en ella su propia personalidad, prolongada y embellecida y exaltada en su arte único, imponderable.

Embajadora de la Poesía, nosotros le deberemos siempre la gracia infinita de habernos vaciado de su ánfora milagrosa las inoídas voces de los grandes poetas ignorados, ya por no conocidos, ya por no comprendidos hasta entonces, que a su conjuro viven y con ella van nimbados de Gloria!

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica, diciembre, 1932

El sentido universal de la Sanidad

Cuartillas leídas el 28 de octubre pasado por el doctor Marañón *en el banquete con que fué obsequiado el doctor Pascua*

= De *El Sol*. Madrid =

El tono y el significado de este homenaje al doctor Pascua lo dan las firmas que suscriben su convocatoria. Entre ellas están, claro es, las de los maestros de la Sanidad en su sentido clásico; pero a su lado aparecen representantes de la Psiquiatría, de la Fisiología, de la Puericultura; y hombres eminentes, en fin, no sanitarios, ajenos por completo a la profesión de la Medicina.

Esto quiere decir—y esto es lo que queremos destacar y honrar—que la Sanidad española se desborda del cauce angosto de una especialidad y una burocracia adjunta para convertirse en una preocupación nacional.

Sería injusto olvidar la labor de progreso y dignificación de nuestra Sanidad, iniciada por alguno de los antecesores del doctor Pascua. Hay que juzgar siempre el pasado con un esfuerzo de justicia para recabar para nosotros la justicia del porvenir. Pero el pecado grave, o, si se quiere, la enfermedad grave de aquella Sanidad pretérita era su aislamiento de la vida pública, del interés de todos. Funcionaba a veces, respecto al país, como un negociado más, de esos que desde fuera parecen subsistir sólo para justificar el rótulo que los encabeza.

Y la Sanidad tiene que ser, para ser eficaz, materia viva y pública, extendida por la preocupación de cada habitante de la patria; ha de ser no sólo información y deber de cada uno, sino emoción de todos. La oficina donde trabajan los gerentes oficiales de la Sanidad ha de cobijar cada una de las actividades médicas, cada una de las organizaciones sociales, cada pueblecito, cada barrio y cada hogar. Sin esta difusión por todas las arterias vivas del país, de nada servirían los directores mejor preparados y los presupuestos más copiosos.

Los hombres que nos han congregado en este acto de reconocimiento al doctos Pascua representan el comienzo de la realización de ese sentido universal de la Sanidad. La tuberculosis, el paludismo, el cáncer, las enfermedades sexuales, como plagas públicas, han recibido un enérgico impulso sanitario. El problema de la mortalidad infantil—sangría incoercible de nuestra raza—empieza a ser atacado con coraje. La asistencia de los locos, abandonada a organizaciones extraoficiales, casi siempre nefandas, se incorpora por primera vez, tras el noble esfuerzo de unos hombres beneméritos, a una protección inteligente del Estado. Las Ligas para combatir otras plagas de menor cuantía, como el reumatismo o las enfermedades cardiacas, son atendidas con proporcionada largueza. Y, en fin, encuentran su cobijo en la sombra oficial los profundos problemas de la eugenesia, en los que está tal vez la clave de todas las inquietudes actuales del mundo, y que, pasada ya su fase de propaganda profética y un tanto retórica, debe encontrar en la estructura de esta organización suprema su decoro y su tono de serenidad.

Para iniciar esta obra tan vasta y tan difícil eran precisos un hombre nuevo, pero también un tiempo nuevo. He aquí el tiempo nuevo, amigos míos; el que colma, cualesquiera que sean nuestras preferencias políticas, el optimismo de los españoles comprensivos y generosos. Comprensivos, porque saben auscultar el sentido profundo de los momentos actuales, bajo la agitación anhelosa de la superficie. Generosos, porque saben sacrificar los inconvenientes de hoy con decisión y con alegría, pensando en la ventaja inexorable del mañana.

Sin tiempos nuevos, el hombre nuevo se ve obligado a seguir, para ocupar los puestos eficaces, un camino penoso, en cuyas zarzas se va dejando prendido lo mejor de su entusiasmo y de su juventud. Es preciso que el cambio súbito deshaga esos obstáculos, que son, en realidad, telas de araña, para que las capacidades inéditas aparezcan como por ensalmo en los altos puestos de la eficacia y de la responsabilidad. Sin tiempos nuevos, el doctor Pascua no hubiera dirigido la Sanidad española, y, sobre todo, no la hubiera podido dirigir con el denuedo de ahora.

El tiempo normal tiene, sin duda, sus ventajas. Pero se nutre devorando las personalidades más útiles, que son apartadas de la organización oficial, y que cuando entran en su órbita están ya desgastadas por la larga preparación precisa para llegar al puesto responsable. En cambio, en los períodos de tránsito se alcanza el mando, como en las guerras, saltando de una vez las categorías intermedias, y se llega a él con el espíritu inédito, sin favores que pagar a nadie, sin el hábito de hacerlos a los demás, sin otro interés que el de todos, el de la masa, de donde se acaba de salir.

A esta virginidad política, hija del momento propicio, se une en el doctor Pascua la larga e inteligente preparación técnica. Preparación, no de libros, sino activa y vivida en las mejores escuelas de la Sanidad actual.

El doctor Pascua ha sido muy combatido. No creo impertinencia el recordarlo. Para crear las bases de un nuevo estado de cosas hay que herir o molestar a muchos, a muchos: a todos los que representan en la organización social la herrumbre de las máquinas gastadas. Es difícil, acaso heroico, asumir este papel. Y más cuando se pertenece a la misma clase profesional de los perjudicados. Decir a tantos amigos que no; renunciar heroicamente a la fruición de la amabilidad y de la sonrisa prometedora; decir que no por pura justicia, sin reparar en los afectos ni en las categorías. No hay nada más áspero, y para todo ello hay que contar de antemano con una coraza invulnerable de rectitud y de confianza en la propia justicia.

Yo estoy seguro de que buena parte de los que están aquí reunidos han pedido en alguna ocasión algo al director de Sanidad; algún favor de esos a que nos inducía la corriente del buen vivir antiguo, y casi sin excepción ese favor habrá sido negado. Acierto también al pensar que, después del primer movimiento de incomodidad por la negativa, la propia conciencia agradecida al justo desfavor, nos ha hecho venir a casi todos a este banquete.

La gran lección de las horas revolucionarias es esa obligación con que tenemos que aceptar, queramoslo o no, el sacrificio de lo personal por el bien común, que es el mayor bien de cada uno, aunque para saberlo necesitemos sufrir el mal individual sobre nuestras costillas.

Y esto es, en realidad, lo único que separa fundamentalmente a los hombres ante el suceso revolucionario: el comprender o no la necesidad y la utilidad del sacrificio de "lo mío" por el bien "de los demás". Y, en realidad también, lo más hondo de toda revolución es que muchas gentes, incluso no revolucionarias, sean de improviso capaces de comprender con naturalidad esto que sólo los elegidos entienden en los tiempos de paz.

¡Adelante, pues, doctor Pascua! No hemos venido aquí a honrar una labor terminada. Lo que ahora se empieza tardará decenios en alcanzar su fin, y ésta es otra de las glorias de los hombres de nuestro tiempo. No somos sanitarios agradecidos o interesados que festejamos a nuestro director. Somos simplemente un grupo de españoles que se sienten enrolados en la obra de la reconstrucción física del habitante de España, que la sienten como obra de todos, bajo una guía experta y honesta, y no como labor de un grupo burocrático. Por eso hablo yo, que no he sido nunca sanitario oficial aun siendo médico, y que he sentido el problema de la salud de mis compatriotas—¡y con qué profunda angustia!—, no desde un puesto técnico ni desde un Negociado, sino a través de la humanidad pobre, aterida, de los pueblos de España, llenos de ciudadanos sin talla, comidos por la herencia de enfermedades que se pueden evitar, mucho más necesitados de salud que de cultura, con ser ésta tan pobre y tan escasa.

Hay, en suma, un grupo grande y animoso de españoles a los que les parece admirable la gestión sanitaria que el doctor Pascua ha realizado. Y hemos venido aquí para decírselo a él y por decírselo al Gobierno que le sostiene y empuja.

Y esto es todo.

Gregorio Marañón

La apropiación social de la tierra

= De *Doctrina Radical*. Buenos Aires, Rep. Argentina =

Confieso que si estuviera en mi mano hacer de Villalobos Domínguez mi consultor perpetuo para la debida dilucidación de tanto asunto público, de economía y de finanzas como traen cotidianamente los cablegramas de Europa, tiempo hace que lo hubiera hecho. De nadie se que tenga más claro discernimiento ni palabra tan hecha a llegar a la verdad por no importa qué vericuetos y laberintos de datos, de teorías y de normas. Es gran regalo de la vida su amistad y frecuentación, como es grave mal su infrecuencia. Multitud de veces me ha sucedido ante los problemas sociales de cada día echar de menos la palabra segura, la palabra brújula, la palabra clave de Villalobos. De ahí que apenas veo su firma en **Nosotros**, corro a él y me abrevo en su enseñanza. Y hoy que un libro suyo—**Bases y Métodos para la apropiación social de la tierra**—llega a mi mesa ¿cómo dejaré de dar tan fausta nueva a los lectores sedientos de verdadera doctrina?

Gran libro y gran autor. Su pensamiento henchido siempre de una verdad novedosa, es tan audaz como sensato. No cabe duda que ama el riesgo de las ideas más avanzadas; pero no para perderse en el sofisma y la utopía como tantos retóricos de la ciencia social, sino para averiguar cuáles entre ellas pueden ser útiles de verdad. Así camina el pensamiento de Villalobos testimoniando tanta sensatez como audacia.

Su revisión del georgismo paréceme sencillamente magistral y magnífica. Es evidente—pero nadie lo había visto antes que él;—es evidente que entre los dos postulados de George que él contrapone como contradictorios, cumple quedarse con el que reza, en forma categórica, que "la única solución verdadera y justa del problema, lo único serio, la única meta que merece la pena de aspirar a ella, es hacer **toda** la tierra propiedad común de todo el pueblo", como se lee en **La Cuestión de la tierra.**

Ahora bien, como urge sacar al georgismo del terreno de los apotegmas y llevarlo a vida y acción, Villalobos, que no tiene nada de extático, pasa a buscar las formas que aceleren la transformación de las cosas, averiguando cuál sería la mejor manera de entender la gradualidad del método de recuperación de la tierra por el Estado. Escogita así su acostumbrado buen criterio—hecho siempre de sensatez y de audacia—un sistema perfectamente práctico que yo aplaudo y acato: el aprovechamiento georgista del actual impuesto a las herencias, cobrando en lugar de un tanto por ciento en dinero, la especie tierra en la conveniente proporción. Tierra que sería entregada sin dilación al régimen georgista de la **concesión vitalicia.** (Y aquí anoto mi especial conformidad en la designación de **concesión vitalicia,** muy preferible a la de **tierra en enfiteusis,** que poco dice en rigor, o mejor dicho nada, ni a doctos ni a legos, según ha envejecido el término entre las antiguallas de Roma).

Por tal virtud y mediante no más que la percepción en la especie tierra del impuesto a las herencias, se irían formando como islas georgistas por toda la extensión del país. Es admirable visión la de este archipiélago liberado al azar de las defunciones de los propietarios.

Y tanto más me complace la idea, cuanto que yo a mi vez entreví, cuando escribía mi tesis doctoral—**Dharma: Influencia del Oriente en el Derecho de Roma,**—algo de esto. Rechazaba en principio el absurdo del ilimitado derecho hereditario, no reconociendo otro, fundado en razón y justicia, que el de los miembros realmente íntimos de la familia entre sí. Con lo que venía a proponer que toda herencia indirecta, digámoslo así, pasara íntegramente al fisco. Tal era el régimen que había encontrado yo en las viejas sociedades orientales, tan superiores ciertamente a la que en mala hora organizó el Derecho Romano.

He aquí mis palabras mismas (páginas 145 y 146, de **Dharma**): "Según el sabio "concepto antiguo, el causante no tenía "ningún derecho a legar o traspasar sus "bienes a su familia, por causa de muerte. A la inversa, la familia tenía el derecho de apropiarse de tales bienes; de "modo que si no había familia no había "dueño, y la **res nullius** correspondía al "Estado, es decir a la colectividad. Según nuestros absurdos principios, el "causante tiene derecho a sus bienes hasta después de la muerte, y aunque no "deje familia puede disponer de ellos a su "arbitrio. Así le hemos dado personería "al fantasma; cosa ilógica, pues el derecho del causante debe concluír con su "vida, ya que la muerte corta de una vez "todos los hilos del hombre. Si no hay "herederos forzosos—hijos, padres, esposa—a quienes la sociedad en justicia "les acuerda el privilegio de la herencia, "debe heredar la sociedad. Pero nosotros preferimos vivir de ficción en el "ambiente pesado de un derecho inicuo. "Así multiplicamos la miseria, desaprovechando todas las ocasiones de multiplicar los panes".

Y continuaba: "Se objetará quizás "que la sociedad sería siempre burlada, "por cuanto el acto testamentario se "reemplazaría, **in fraudis legis,** por un "acto entre vivos: tal una donación, tal "una venta simulada. No lo supongamos. El hombre es demasiado egoísta "para desprenderse en vida de toda su "fortuna. Además, dos o tres restricciones legales bastarían a impedir la acción dolosa de la hipótesis".

Me honro — ¡y cuánto! — en resultar con veinte años de antelación casi un precursor de tan insigne pensador como Villalobos Domínguez, maestro de verdad en toda la extensión de la palabra, como lo queremos, como los necesitamos para nuestra definitiva **doctrina radical.**

Arturo Capdevila



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los titiriteros de Esquivias

= De *El Sol*. Madrid =

Domingo primaveral. Grandes masas blancas movidas por el viento en fondo azul. La Naturaleza despierta del letargo invernal. Nos dirigimos hacia Esquivias, deseosos de visitar la casa de la novia de Cervantes, doña Catalina de Salazar Palacios, la que luego había de ser su esposa a pesar de la oposición familiar.

Esquivias es un típico pueblo castellano, sin árboles, con caserones amplios de grandes corraladas, construídos con el mismo barro gris de la tierra circundante. El paisaje se extiende en suaves hondonadas de tierras de pan llevar.

A la entrada del pueblo preguntamos por la casa de Cervantes. Una mujeruca nos guía, diciendo: "¡Vayan a la izquierda de esa calle! Allí verán la plaza, donde están esos titiriteros de Madrid que han venido a hacer teatro".

Todo el pueblo está en la plaza. Los niños de las escuelas, sentados en bancos. Alrededor, las mozas y mozos presenciando de pie la función.

Una compañía de jóvenes estudiantas y estudiantes entonan antiguas canciones y representan entremeses de Lipe de Rueda y de Cervantes. Son las Misiones Pedagógicas organizadas por el ministerio de Instrucción Pública para llevar a los rincones sórdidos de la nación la esperanza, la alegría del porvenir y el arte de nuestros antepasados.

El pueblo está encantado de que alguien, allá en la capital, se acuerde de ellos. Hasta ahora Madrid no tenía más representante que el recaudador de contribuciones. Hoy ya vienen otros que no piden, sino que dan; es cultura gratuita en forma artística y agradable.

La "tropa" estudiantil, con su teatro desmontable y sus canciones, despierta el espíritu sanchopancesco del labrador circundado de estepas inhospitalarias. La emoción de verles representar en aquel

ambiente pueblerino "La carátula", de Lope de Rueda, o "Las aceitunas", es imborrable. Como fin de fiesta, y en homenaje a Cervantes, la representación del entremés de éste, hoy tan actual, "El juez de los divorcios". Ambiente de golillas, escribanos y procuradores. Matrimonios que piden que se les descase por distintos motivos. Mariana, que se queja de la vejez achacosa de su marido y "del mal olor de la boca, que le huele mal a tres tiros de arcabuz". Doña Guiomar, que desea separarse del suyo porque es un leño, porque no trabaja "y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no está vinculada la necesidad del mundo". El cirujano, que pide descasarse de doña Aldonza Minjaca por cuatro razones, mientras que ella alega cuatrocientas. El ganapán embriagado, que pide la separación de la mujer que sacó de pecado y le ha salido soberbia y de mala condición. Y el magnífico juez que pide pruebas y no se conforma con la voluntad de separación de ambos cónyuges, alegando que "si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio".

Al terminar estamos todos emocionados. En la plaza nos encontramos a varios cultos amigos y amigas de Madrid que han acudido a presenciar el espectáculo sabedores de ello. Encima de la baca de un autobús está don Ramón Menéndez Pidal disfrutando la emoción de los clásicos de nuestra literatura. La evocación ambiental de la vida trabajosa de nuestro gran ingenio en Esquivias nos embarga. Al volver a casa releeremos aquella dedicatoria al conde de Lemos en que, ya viejo, Cervantes ofrece al prócer "estas comedias y entremeses no tan desabridos, a mi parecer, que no puedan dar algún gusto; y si alguna cosa llevan razonable es que no van manoseados ni han salido al teatro, merced a los farsantes que, de puro discretos, no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan", prometiendo también al conde la segunda parte del "Quijote" y el final de la "Galatea", "si tanta carga pueden llevar mis ancianos hombros".

Han acabado los "titiriteros de Madrid" su representación y han recitado un niño y una niña del pueblo palabras y poesías de agradecimiento, y pronto el tablado de la antigua farsa es desmontado por los mismos cómicos de la legua. Después de comer van a Seseña, bajo su viejo castillo, donde por la tarde "echarán otra vez la función", según nos informa un mozo de Esquivias.

Muchas alabanzas merecen los directores de la compañía Rafael Marquina, Torner y Santullano por su acierto, y los estudiantes cómicos por la perfección y entusiasmo cordial de su actuación, pero recordemos al creador de esta magnífica idea, el gran pedagogo don Manuel B. Cossío, y a su discípulo don Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública, que piensan en el pueblo de vida triste de nuestras estepas.

Gonzalo R. Lafora

En la vida de Rómulo Rozo

(*Viene de la página 376*)

¡Ya está—otra vez—y qué bien! Se traslada a la gran ciudad, provisto de dinero y de cartas expresivas para Bourdelle y otros escultores. Victorio Macho proveyó todo.

No todo, claro, es goce en París. Sigue empeñada la lucha entre la vida y un hombre pequeño; pero éste opone armas robustas: fuego, juventud, decisión.

La mujer y el hombre, el sol y la ola, la lluvia y el árbol, todo lo que anima se estrecha en abrazos trascendentales. De la suma de abrazos va fluyendo, en recatado cauce de modestia, la vida sin término. En ocasiones, ésta nos estruja; a veces, la estrujamos nosotros. Cuando somos nosotros los que la poseemos, no siempre sabemos acariciarla con docta mano. Es preciso saber hallar las equivalencias entre una pesadumbre y una dicha triunfal; modelarla — cuando ello se puede—con el pulso estremecido y consciente del escultor. La existencia de Rómulo Rozo toca, ahora, la linde culminante de los días mejores. Tiene ya el ademán listo para recoger el buen fruto, y el amor entra en su vida. Está en París, en el museo del Louvre. Se halla, por entonces, muy interesado en el estudio de monumentos y esculturas egipcias. Un día realiza el hallazgo de un sarcófago, insólito por su belleza. En el reverso de la tapa residen los más altos valores plásticos y desciende al fondo para analizarlo minuciosamente. Tan absorbido está por su designio, que no advierte la presencia de una mujer, blanco en oro, que examina la decoración con interés semejante al suyo. Ya la ha visto; pero las campanadas de salida dejan la promesa flotando en el aire y sólo alcanzan a cruzarse, breves, las miradas. Al día siguiente, cuando él acude a reanudar su tarea, ya la mujer se muestra ante el sarcófago, tomando apuntes. Un saludo cortés y ambos prosiguen su estudio. La despedida de ese día la acompañan de comentarios, expresados con dificultad: ella es checoeslovaca y ninguno de los dos entiende muy bien el francés. El tercer día son ya camaradas. Un telegrama, un simple papel con cincuenta letras, derrumba con frecuencia entrañables ficciones. Leed ahí, arriba: "Praga..." Y luego, el mandato paterno: "Debes regresar..." La víspera de la salida de ella, descubren—¡ah, es cierto!—que se aman. Hay mujeres que obedecen; además, los horarios de ferrocarriles son estrictos. Antes de la partido discuten jovialmente sobre idiomas. Resuelven que lo mejor será que ella aprenda español y Rómulo Rozo le obsequia un diccionario. La primera carta de Praga a París, con los ojos pequeños y vigilantes de Kasaryk en el sello, se compone tan sólo de tres palabras. En la que le sigue, la voluntad ha logrado construir una frase. Gran cosa el interés sentimental para aprender idiomas: pronto ella puede escribir largas cartas, en esmerado estilo. En el lleva y trae del correo, se ha determinado el último mes del año para celebrar el matrimonio. Agosto, septiembre, octubre—¡qué largo!—noviembre y un día el calendario se acerca al término. En la noche apretada de sombras, un tren con ventanitas luminosas se escapa por los campos. Es la noche de Noel y parece que el tren ensaya trazos para regocijo de pupilas infantiles: sólo se alcanza a ver, en este momento, la luz roja del último carro; luego, una flexión dilata aquello en una larga serpiente que rastrea presurosa; después, el blanco fanal nos ve de frente y da la impresión de que nos perforará la retina. Aquí está la frontera de Checoeslovaquia. Son las doce de la noche. Radiante, un hombre sale a la plataforma. Los campos se ven blancos de nieve. Surgen en su imaginación, rotundas, tres entidades: la madre, la patria, la novia. Llora. Vive su apoteosis espiritual. "Poco después — dice Rómulo Rozo—me entregué a la raza que me ha hecho feliz".

Estos son los duros años de aprendizaje de Rómulo Rozo. Discípulo enérgico y adicto de la vida y el arte, ambos lo han hecho un hombre cabal. Resulta, así, una especie de Istrati, Gorki o Hamsum de la escultura. Un golpe de martillo. Una lágrima y un paso. Un golpe de martillo. Hambre, angustia—y otro paso. De esta manera fueron esculpiendo los años su personalidad. Está en México y se le quiere. Gabriel Fernández Ledesma ha analizado con agudeza su valor artístico. Otros, seguramente, escribirán sobre lo mismo. Yo, por ahora, me limito a desbastar, en parte mínima, el bloque de experiencias del Rómulo Rozo hombre.

Antonio Acevedo Escobedo

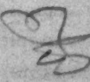
INDICE

DEL TOMO XXV

AUTORES Y ASUNTOS





Imprenta LA TRIBUNA